



## Obispado de Concordia

Tel/fax: 0345-4211253

E-mail: obispado@concordia.com.ar

Pellegrini 800 - 3200 Concordia

Entre Ríos - Argentina

---

### LOS PRESBITEROS, MINISTROS DE LA PALABRA DE DIOS

*Jueves Santo de 2007*

*Misa Crismal*

*Is 61,1-3a. 6a. 8b-9*

*Ap 1,4b-8*

*Lc 4,16-21*

Cada año, antes de comenzar el Triduo Sacro, el obispo junto con todo el presbiterio de la Diócesis, concelebramos la Misa en la que se consagran los óleos para la administración de los sacramentos, y en la que los sacerdotes renuevan los compromisos contraídos en su ordenación. Esta Misa debe ser expresión de la comunión que existe entre los presbíteros y su obispo, y con toda la comunidad cristiana.

A toda la comunidad dirijo este mensaje, pero especialmente a ustedes, queridos sacerdotes. A la luz de los textos bíblicos que nos presenta la Liturgia, deseo reflexionar hoy sobre la función primera de nuestro ministerio: ser servidores de la Palabra del Señor “para que nuestros pueblos en Él tengan Vida”.

“Los presbíteros, pues, se deben a todos en cuanto que a todos deben comunicar la verdad del Evangelio, que poseen en el Señor” (PO, 4).

En el texto del Evangelio que hemos proclamado San Lucas refiere la primera predicación de Jesús delante del pueblo, y es en Nazaret, “donde se había criado”.

Jesús lee un texto de Isaías, “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado por la unción. Él me envió a llevar la Buena Noticia a los pobres...”, y luego lo comenta brevemente diciendo que en ese momento se cumple lo anunciado. “Hoy se ha cumplido este pasaje de la Escritura”. Si antes era el profeta quien se presentaba con esas palabras, ahora es Jesús quien las dice de sí mismo. Su predicación tiene el carácter de una “autopresentación”: en ella Jesús declara quién es Él y cuál es su misión. Cristo define su misión desde el principio, sin rodeos ni dilaciones, como una proclamación a todo hombre del amor y la gracia de Dios.

El profeta anunciaba el final de la cautividad babilónica como la liberación y la gracia del Señor que permite al pueblo desterrado regresar a su patria. Jesús reinterpreta el texto: lo que se cumplió entonces es sólo figura de lo que se cumple con su llegada. Él es el verdadero “Ungido del Señor”, el Mesías, el Cristo, Él es el ungido del Espíritu Santo.

El profeta del Antiguo Testamento que hablaba en el libro de Isaías reconocía que había sido “ungido”, y que de esta forma había quedado capacitado para desempeñar la función profética. Él podía transmitir con autoridad la Palabra de Dios.

La unción que ha recibido Jesús lo coloca por encima de todos los profetas, porque más que transmitir la Palabra, Él es la Palabra de Dios, es el “Testigo fiel” (*Ap 1,5, 2ª lectura*)

Jesús, el Maestro de Nazaret, es el Profeta lleno del Espíritu de Dios que viene a anunciar la liberación, a derramar la gracia del Señor y consolar a los abatidos. La verdadera liberación es aquella que arranca a los seres humanos del poder del pecado, del mal y de la muerte.

Este pasaje de la Escritura se sigue cumpliendo hoy en nosotros.

La contemplación de la figura profética en Isaías y de la realidad cumplida en Jesús Maestro nos invita hoy, reunidos como cada jueves Santo, a profundizar en nuestro ministerio profético mirando a Cristo modelo, Maestro, Liberador, Salvador y Vivificador.

Los laicos, por su consagración en el Bautismo y en la Confirmación, simbolizadas en la unción con el santo Crisma que hoy bendeciremos, tienen su papel activo en la vida y en la acción de la Iglesia, como partícipes que son del oficio de Cristo Sacerdote, Profeta y Rey. Su acción dentro de las comunidades de la Iglesia es tan necesaria que sin ella el mismo apostolado de los pastores no podría conseguir plenamente su efecto. Su misión se realiza singularmente dentro del mundo, actuando en la vida familiar, social, laboral, cultural y política, a cuya evangelización son llamados.

Es, no obstante, propio de los diáconos, presbíteros y obispos, por el ministerio de la comunidad que les ha sido conferido en el sacramento del Orden Sagrado, el ser enviados como “ungidos” en Cristo Cabeza a anunciar el Evangelio en todos los tiempos.

“Así, pues, los Obispos, junto con los presbíteros y diáconos, recibieron el ministerio de la comunidad para presidir sobre la grey en nombre de Dios como pastores, como maestros de doctrina, sacerdotes del culto sagrado y ministros dotados de autoridad” (*LG 20*).

Por ello también nosotros podemos decir hoy con Jesús, por Él y en Él: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado por la unción. Él me envió a llevar la Buena Noticia a los pobres...”

La figura descrita en el texto de Isaías, que sirvió para la autoproclamación de Jesús como Profeta, está en estrecho parentesco con los cuatro “Cantos del Siervo de Dios”, cuya lectura nos propone la liturgia de la Semana Santa en estos días previos, el Siervo que anuncia la salvación al pueblo (*Lunes Santo, 1er. Canto: Is 42,1-7; Martes, 2º Canto: 49,1-6; Miércoles, 3er. Canto, 50,4-9*), y en el mismo Viernes Santo, el Siervo que justifica al pueblo mediante su sufrimiento inocente (*4º Canto, 52,13-53,12*). Su meditación también nos ayudará a profundizar en el don de nuestro ministerio.

Recordemos el ambiente en que nacen los cantos: con la toma de Jerusalén, la destrucción del templo y la deportación en el 586 a.C. por las tropas babilonias de Nabucodonosor había terminado la monarquía en Judá y, pasajeramente, también el sacerdocio. Lo que quedaba era la función profética. Fue entonces cuando la intensidad de la reflexión teológica sobre el ministerio profético alcanzó un punto incomparable en los llamados poemas del Siervo de Dios. El autor (el *Deutero Isaías*) escribe para la consolación de los desterrados en Babilonia. Presenta al Siervo de Dios, su elegido, su ungido, que debe anunciar la esperanza a un pueblo desmoralizado, señalando que ya se vislumbra la aurora de la liberación.

Sentimos como el deseo de quedarnos en silencio, meditando, guardando en nuestro corazón, cada palabra que Dios pronunció de su Siervo, el Profeta, que cumplió en Jesús, y que sigue diciendo de nosotros llamados a su misma misión: “Éste es mi Servidor, a quien Yo sostengo, mi elegido, en quien se complace mi alma” (*Is 42,1*).

Pidamos la gracia de ver reflejados en nosotros los rasgos del Servidor profeta. El sacerdote, como el Siervo de Dios, pero sobre todo como Jesús, es llamado por Dios desde el seno de su madre (Is 49,1-5; cf. Jer 1,5); ha sido “plasmado” por Él (42,6); sobre él el Señor ha puesto su Espíritu (42,1); el Señor cada mañana despierta su oído para que escuche como un discípulo, para que, luego, con “lengua de discípulo” sepa reconfortar al fatigado con una palabra de aliento (50,4-5); para que por su palabra pueda traer el derecho a las naciones e instruir a los hombres (42,1-4; 50,4);

El sacerdote, como el profeta, como Jesús, realiza su misión sin brillo exterior, con dulzura (42,2-3), con aparente fracaso (49,4); está expuesto a los ultrajes y al desprecio, pero los acepta y no desfallece (50,5-6; 52,14; 53,2-3).

El testimonio más elocuente de la función profética del sacerdote será cuando se refleje en él el sufrimiento del Siervo inocente, Jesús, herido como un malhechor y destinado a una muerte ignominiosa, cuando en realidad se entregaba a sí mismo por los pecadores cuyos pecados llevaba, intercediendo por ellos (Is 53). Por su inaudito poder Dios puede convertir también el sufrimiento del sacerdote en salvación para los hermanos.

Volvamos al relato evangélico de la Misa de hoy. Jesús habla en Nazaret, “donde se había criado”, entre sus familiares y sus amigos, en el pueblo que lo vio crecer, en su lugar de vida y trabajo; es el Hijo de Dios que habla “presentándose con aspecto humano” (Flp 2,7). “Todos en la Sinagoga tenían los ojos fijos en Él”.

Jesús debe anunciar el cumplimiento profético en un ambiente que se torna hostil. Lo que comenzó en su pueblo siendo simpatía y admiración, se vuelve luego rechazo de Jesús y de su Palabra, para terminar en abierta hostilidad suscitada por la duda: “¿no es éste el hijo de José?”.

También la asamblea cristiana ha puesto sus ojos en el sacerdote. Sabe que está “tomado de entre los hombres”, que “él mismo está sujeto a la debilidad humana”, pero espera de él “todo aquello que se refiere al servicio de Dios” (Heb 5,1-2).

No nos toca un ambiente mejor que el de Jesús para el anuncio. Cuando las estructuras de la cristiandad van cayendo, cuando avanza una cultura secularizada, cuando se magnifican las voces que desacreditan a los mensajeros, el sacerdote está llamado a ejercer la función profética sin claudicar. En el fondo, el pueblo creyente está esperando esto.

La misma sociedad mira a los sacerdotes. Es cierto que muchos lo hacen acechando sus debilidades y caídas, no para ayudarlos sino para sepultarlos. Pero son muchos más los que miran al sacerdote aguardando de él una Palabra de Vida; los otros mensajes los encuentran en cualquier parte. También los no creyentes, aún en sus cuestionamientos, anhelan del sacerdote el testimonio que brota de una identidad cristiana sin transigir con las modas de los criterios.

Unos y otros, creyentes y escépticos, esperan ver en nosotros al “testigo fiel”. Como sacerdotes debemos ser para ellos luz que ilumina, sal que sazona, fuego que incendia, discípulos que escuchan, apóstoles que se entregan, hostias que se ofrecen.

El secreto de la fortaleza y misericordia del sacerdote como profeta y maestro, con los oídos abiertos y lengua de discípulo, está en regular las relaciones con los demás por la sabiduría de Dios.

Hay una gran relación entre saber oír, saber hablar y saber sufrir. El que está atento para escuchar, y sabe alentar al abatido, es el que puede ser fuerte y paciente en medio de las adversidades.

Al ser ordenados diáconos, el obispo nos entregó el Libro de la Palabra del Maestro, y nos confió el ministerio de anunciarlo:

“Recibe el Evangelio de Cristo del cual eres mensajero.

Cree lo que lees, enseña lo que crees, y practica lo que enseñas”.

Respondiendo a aquella exhortación, recibamos cada día como discípulos la Palabra. No es nuestra, viene del Padre, la anuncia Jesús, la transmite la Iglesia con la asistencia del Espíritu Santo; pero hagámosla propia en su lectura meditada, contemplada y orada, con sentido profundo eclesial. Alimentemos una inmensa veneración al Evangelio; es una gracia infinita e inmerecida la que se nos concede al encomendarnos que lo anunciemos. Amemos, respetemos la Palabra del Señor, digámosla a nuestros hermanos con íntima gratitud, con humildad profunda y con ardiente amor al prójimo.

Como llamados a ser profetas para nuestro tiempo, ¡es nuestra vocación!, lo que creemos se debe irradiar en una vida santa. Y luego, anunciar, predicar, enseñar, siempre, en toda ocasión, sin desfallecer ante la incomprensión, la indiferencia o la adversidad; transmitir a los hombres una Palabra más grande que nuestras palabras humanas, y no desear más que llegar a sus mentes y corazones para que la Palabra sea luz y consuelo en sus caminos.

Deseo completar mi reflexión con unas palabras que por carta envió nuestro Venerable Cura Brochero a su obispo, que traducen en la simplicidad del lenguaje criollo la generosidad de la entrega del profeta:

“Yo bien comprendo que la carrera eclesiástica se toma para trabajar en bien de los prójimos hasta lo último de la vida, batallando con los enemigos del alma, como los leones que pelean echados cuando parados no pueden hacer la defensa” (Brochero, *Carta a su obispo*, 19.11.1889).

La celebración de la Misa Crismal renueve el deseo de reflejar en nosotros el rostro del único Ungido, mostrando en el desempeño de todas nuestras tareas sacerdotales su misma entrega y su mismo amor.

“Al entregar su vida por Ti y por la salvación de los hermanos, deben esforzarse [los sacerdotes] por reproducir en sí la imagen de Cristo y dar testimonio constante de fidelidad y amor” (*Prefacio de la Misa Crismal*).

Deseo a todos una Santa Pascua del Señor. Que la Santísima Virgen, María Inmaculada de la Concordia, con corazón materno nos alcance las gracias para identificarnos con Jesús Maestro. Dios los colme de bendiciones.

+ *Luis Collazuol*  
*Obispo de Concordia*

[\*\*Regresar a Página de Homilias - Carta - Mensajes\*\*](#)